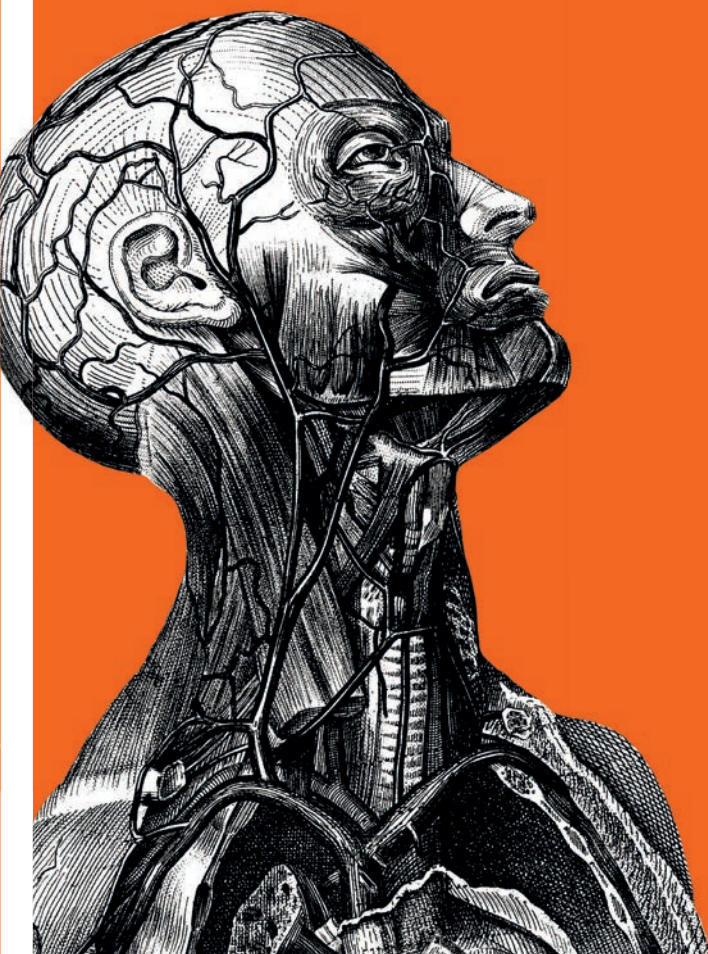


# Enrique González Duro

## Los psiquiatras de Franco

Los rojos no estaban locos



Enrique González Duro  
**Los psiquiatras de Franco**

Los rojos no estaban locos

*ediciones península*

© Enrique González Duro, 2008

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2008

Primera edición en este formato: marzo de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)

[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

VÍCTOR IGUAL S. L. - fotocomposición

BOOK PRINT DIGITAL - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 2.382-2017

ISBN: 978-84-9942-578-8

## CONTENIDO

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Prefacio                             | 9   |
| 1. La extrema violencia del golpe    | 13  |
| 2. Guerra de exterminio              | 45  |
| 3. Cruzada contra los rojos          | 81  |
| 4. Prisioneros republicanos          | 121 |
| 5. La locura y la guerra             | 149 |
| 6. Psiquiatría en la guerra          | 177 |
| 7. La represión de posguerra         | 209 |
| 8. El inmenso universo penitenciario | 235 |
| 9. La represión de la memoria        | 261 |
| 10. La nueva psiquiatría española    | 289 |
| 11. Activismo y miseria asistencial  | 311 |
| Posfacio                             | 337 |
| Bibliografía                         | 339 |
| Índice onomástico                    | 351 |

## I

### LA EXTREMA VIOLENCIA DEL GOLPE

La represión franquista durante la cruenta guerra civil y luego en la tenebrosa posguerra española fue mucho mayor de la que los propios militares rebeldes podrían «justificar» como necesaria o imprescindible para la consecución de la victoria total sobre la maléfica Segunda República. El uso del terror y de la implacable violencia fueron instrumentos prejuzgados como absolutamente precisos para una «purga» sistematizada de la sociedad española, de una sociedad a la que se consideraba enferma y que requería de urgentes y drásticas soluciones quirúrgicas, sin anestesia alguna. La violencia golpista figuraba expresamente en las «instrucciones reservadas» que el general Mola, El Director, comenzaba a distribuir en abril de 1936 entre los militares que en todo el país aspiraban a dar un próximo golpe de Estado: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado».<sup>1</sup> Y el mismo día 19 de julio, Mola afirmó en una reunión de alcaldes navarros: «Es necesario propagar una atmósfera de terror. Hay que extender la sensación de dominancia, eliminando sin escrúpulo a todo aquel que no piense como nosotros (...). Cualquiera que sea abierta o resueltamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado».<sup>2</sup> Ese día, Indalecio Prieto, el más significado ministro socialista del gobierno republicano, le propuso entablar negociaciones para evitar el derramamiento de sangre, y le respondió desabridamente que «esta guerra tiene que terminar con el exterminio de los enemigos de España».<sup>3</sup>

Ese aterrador exterminio ya se estaba aplicando en toda la España sublevada, y continuaría en los meses y años sucesivos. No habría lugar para el perdón y la piedad: era imposible negociar con el «mal». Y así, en las provincias en que el alzamiento militar triunfó desde el primer momento, la represión que se ejerció sobre los republicanos o sospechosos de serlo fue inesperadamente extensa y cruel. Tal como ocurrió en el norte de África, Navarra, Valladolid, Burgos, Salamanca, Zamora, León, Ávila, Segovia, Soria, Palencia, Álava, Sevilla, Granada, Cádiz, Palma de Mallorca, Galicia, Canarias, etc.: delaciones a mansalva, persecuciones, detenciones masivas, fusilamientos, encarcelamientos, «sacas» de las cárceles, torturas, vejaciones, incautación de bienes, depuraciones profesionales y laborales, etc. Fue inesperadamente brutal para las víctimas, porque no se esperaban nada similar. Lo que sucedió en León, por ejemplo, lo vivió, padeció y narró después el conocido poeta Victoriano Crémer cuando era muy joven. Allí, la sublevación militar se produjo la noche del 19 de julio de 1936, después de que el gobernador civil republicano se negara a entregar armas a los sindicalistas y a las columnas de mineros asturianos que se dirigían a Madrid y que poco después serían diezmadas.

#### EL HOSTAL DE SAN MARCOS

Victoriano Crémer, regente de una pequeña imprenta y aficionado a escribir versos, estaba en ese momento en el Café Central, lugar de encuentro de gente de izquierdas y de la pequeña burguesía republicana: «Era como un corro de traperos vestidos para un bautizo. Se sentían importantes, decisivos y desde los puestecitos de mando del Café Central se empeñaban en dirigir las operaciones; sin intentar asomarse siquiera para obtener directamente una somera información de la realidad. Sin querer decidirse a echarse a la calle».<sup>4</sup>

Sobre las once de la noche sonó un tiro en la calle y en unos segundos todos los concurrentes se pusieron a cubierto bajo las mesas del café. En pocos minutos todos se fueron marchando: el miedo era general. «Y me encaminé, con andadura lenta, hacia mi casa». Al día siguiente, domingo, la ciudad había amanecido con ojeras moradas, pues poco habían podido dormir. Todavía durante la mañana de ese día trágico se sostenía la fricción, se propagaban los rumores y se encendían las novelas. Ni los representantes del Frente Popular reunidos en el Gobierno Civil, ni los dirigentes sindicales habían logrado superar su propia confusión. Se iban confirmando las noticias más alarmantes y se iban extendiendo por toda la ciudad. La cosa comenzaba a estar clara. «El sol alanceaba el lomo oscuro de las calles produciendo una refracción de infierno. Sobre el asfalto hervido los grupos se desvanecían, agobiados y hambrientos. Eran las tres de la tarde. Al cruzar la plaza de la catedral para alcanzar mi casa, en la calle Serradores, desde la torre del reloj comenzaron a disparar. El baile había comenzado».<sup>5</sup> El joven Victoriano corrió, pegándose a la pared del Palacio Episcopal y sintiendo el chasquido de los proyectiles contra las piedras, sin que nadie respondiera a los disparos. Nadie respondía a la agresión que procedía de la catedral, del seminario y del convento de los frailes capuchinos, que se mostraban con correajes de combate, y de los agustinos, que con una ametralladora barrían toda la plaza. Todos corrían a esconderse porque los militares se habían echado a la calle.

«Durante cinco días y cinco noches permanecí agazapado en el rellano de la escalera de aquella casa de la corredera, a la que había llegado sin premeditación, por instinto. En algún lugar había que esperar la solución del conflicto, si es que tenía solución (...). No había nada que hacer. La ciudad había sido copada y ocupada y se requería a la clase trabajadora para que se reintegrara a sus puestos. La paz había sido restablecida y detenidos los elementos agitadores».<sup>6</sup> Los disparos eran cada vez menos frecuentes, hasta que cesaron y comenzaron los regis-

tros: se abría la veda de la caza del hombre. Había que salir del agujero. A los pocos días de permanecer encogidos al pie de una escalera, los escondidos hubieron de salir a instancia de los vecinos, que temían verse comprometidos, y se fueron dispersando: «Los vecinos, detrás de las puertas entreabiertas, contemplaban el desfile con lástima. Estábamos más condenados que nadie (...) porque había comenzado el tiempo de los descubrimientos, de las delaciones, de los tremendos caínes, de los devoradores de los propios hijos». <sup>7</sup> El momento había llegado y la suerte estaba echada. Como un fugitivo, Victoriano Crémer se encaminó hacia su casa. «Al pasar frente a la iglesia de los Padres Capuchinos, frente al jardín de los centenarios y frondosos castaños de indias, ni apresuré el paso ni di muestras de extrañeza al ver a los seráficos padres arma al brazo, con un breve corraje y cartucheras al cinto montando la guardia. Se habían constituido en celadores, en fielato bélico, y pudiera ser que todo lo que pasara por delante del convento fuera obligado a identificarse como afecto o adicto o leal a lo que se estuviera organizando, que nadie todavía imaginaba qué cosa pudiera ser». <sup>8</sup>

Por fin, Victoriano llegó a su casa, donde le esperaban su viuda madre y sus cinco hermanos menores. No pasó mucho tiempo sin que se oyera un golpe en el portón de entrada y luego un galope rechinante, escaleras arriba. Se abrió la puerta de un culatazo y entraron cinco o seis jóvenes vestidos de azul, de caqui, con negros correajes y gorrillos cuarteros. Fue sacado a empellones: toda la escalera y toda la calle parecían ocupadas militarmente. «Si mi detención se hubiera producido cinco días más tarde, cuando ya se comenzaba a perfilar la frontera de las dos Españas—una de ellas, inapelablemente, había de helarnos el corazón, como ya lo dijo Machado—y se ensayaban las primeras mentiras siniestras para levantar el espíritu, ¡que mira que apelar al espíritu para conseguir odiar más al prójimo, para asesinarle ya sin ninguna clase de escrúpulos, sino más bien lo contrario, con alegría, con devoción, cual si se tratara de un ceremonial!, hubiera sido sacrificado inmediatamente». <sup>9</sup> Crémer



fue conducido a la comisaría de policía y allí fue arrojado en un saloncillo, con gentes desconocidas y policías que entraban y salían. Entraban gentes con uniformes diversos y descargaban en los rincones de la sala hombres asustados. Los detenidos iban pasando en fila por delante de unas pocas mesas para hacer una breve declaración.

Un grupo reducido fue encerrado en un calabozo de prevención, maloliente y con escasísimo espacio para mantenerse en pie, para ser llevado al día siguiente a la sala de declaraciones. «Aquí se acabó el hombre. Queda un ser o mejor un objeto que se trae, que se lleva, que se insulta, que se machaca... Un muñeco de trapo sin nada dentro: sin corazón, sin sangre, sin voz, sin cojones, sin nada». El grupo, ya formado y registrado, fue conducido al hostel de San Marcos, habilitado como improvisada prisión, después de haber sido ocupado por el Servicio de Remonta de Caballería: en todos sitios se amontonaban seres humanos. «Nos tiraron sobre el cemento, encharcado de orines, de lo que después figuraría en la distribución oficial y ordenamiento interior de San Marcos-Prisión como celda número 5: una cuadra de pavimento enrasado de cemento, de techo alto, puerta con llave y cerrojo y ventana amplia bien provista de barrotes. A la cabecera de la celdona, no más de cuarenta metros cuadrados, aparecían los muretes para la divisoria de los caballos alojados. Al vaciar las cuadras para encerrar hombres, con la urgencia, a nadie se le ocurrió limpiarlas. ¿Para qué y para quién? Y aparecían cubiertas de excrementos caballunos y de orines». <sup>10</sup> Los mismos presos debieron limpiarlas. Luego dos de los detenidos fueron tremendamente apaleados en una habitación contigua. «Comenzaron a llegarlos alaridos, gritos rotos, quejumbres de moribundo, hayes de tan prolongada agonía e intensidad que parecían arrancados de seres fabulosos, no humanos. Y no sabíamos todavía que a nuestro lado, en la dependencia inmediata, estaba el cuarto de duchas, el espantoso cuarto de las duchas, que era, con el de la escalera y el de la costura, uno de los tres lugares de más fatí-

dico empleo».<sup>11</sup> En días sucesivos se fue llenando la casa de huéspedes, hasta más de un centenar en un espacio en que tan sólo se habían alojado dos caballos percherones. Además del hacinamiento, el hambre, los trastornos digestivos y los «sagaces interrogatorios».

La jornada de los presos comenzaba con el más alucinante de los ejercicios: se trataba de sobrevivir. Se abría la celda, y los cien detenidos se disponían a luchar. «Disponíamos de apenas diez minutos, uno, cinco, diez, ¡basta, canallas!, seiscientos segundos, veinte, cien, ¡a formar, canallas!..., para cruzar el patio hasta la fuente arrebatada, desbordante de agua fresca, de agua para la piel endurecida, para la carne apretada, para las heridas cardeñosas, para las úlceras corrompidas, para la sangre miedosa, pasando ¡la suerte y la muerte, oh poeta! por el pasillo deslumbrante, formado por los guardianes y por las milicias de los cuartelillos de la Falange y de Acción Popular y del Requeté y aun de las Milicias Cívicas, con sus vergajos de paseo, de lucimiento y sus mosquetones y sus machetes desnudos y los baquetones de los fusiles de la guardia... Allí estaban esperando, a la salida del oscuro encierro, cuando los toros cegados por el resplandor ancho del día, desnudo de medio cuerpo para ganar tiempo—¡el tiempo y sus zozobras, el tiempo y sus arcanos!—porque en seiscientos segundos teníamos que lavar nuestro menaje, plato y cuchara, y fregarnos nosotros en la gran fuente circular con recipiente desbordante para abrevadero de caballos, mientras bebíamos hasta que el agua nos salía por los ojos y correr hasta las letrinas, ya inmundas, ya inundadas, cubiertas de mierdas, de vomitonas, de sangres, y provocar nuestras defecaciones y volver al lugar de concentración antes de que los guardianes y los jovencísimos milicianos cristianísimos irrumpieran con sus vergas, con sus machetotes, con sus mosquetes, manejados como mazas, y convirtieran a los rezagados en espantosas figuras rebozadas en porquería; y regresar de nuevo a la celda, azuzados, golpeados siempre; y todo eso en diez minutos».<sup>12</sup> No todos volvían a la celda, ni con los mismos

cuerpos ni almas, pues algunos quedaban definitivamente aplastados contra la mierda de los retretes; otros tenían que pasar por la asistencia sanitaria del compañero médico, que nada tenía para aliviar los destrozos producidos.

«Apenas se cerraban las puertas detrás del último acogido y golpeado, se procedía al recuento de las bajas, de los heridos silenciosos, de los desaparecidos en la alucinante carrera de cada día. Y que nadie se permitiera el alivio de una queja ni, por supuesto, la conservación de un vendaje. Aquí no ha pasado nada, murieron cuatro romanos y cinco cartagineses». <sup>13</sup> Porque allí no se maltrataba a nadie, no se mataba a nadie, los malheridos terminaban de mala manera o desaparecían. Para los guardianes, aquello era un divertimento: los consideraban como animales, fieras canallas, cuya eliminación resultaba necesaria para la salvación de los valores espirituales. «Golpeaban, herían, acuchillaban, a lo mejor con ánimo de rendir a sus víctimas y hacerles detestables su condición pecadora; o para sumirles en una desesperación rehabilitadora... Perderían sus cuerpos, por supuesto, pero salvarían sus almas, porque en resumidas cuentas, un acto de constricción da a un alma la salvación... ¡Resultaba tan difícil alcanzar los orígenes de aquellos comportamientos! Estaba claro, eso sí, que de lo que se trataba era de exterminarnos». <sup>14</sup> Y eso sin contar con las salidas para «prestar declaraciones», de las que no se volvía o se volvía «como para no partir». El acatamiento disciplinado a cualquier anotación biográfica que se les hiciera era total, mientras la población aumentaba de un modo alarmante. Y sin embargo, había margen para las confidencias, a pesar de los confidentes que pululaban por doquier.

Era desesperante vivir del modo más vil y degradante «por no haber hecho nada», de ser acusado de rebelión militar por no haberse rebelado contra nada ni contra nadie. Era como una condena impuesta por la grandísima culpa de no haber hecho nada. Victoriano Crémer, por fin, supo de qué se le acusaba cuando un día fue llamado por el director de la prisión y

le leyó el informe que de él existía en la comisaría de la policía: haber agredido a un esquirolo en febrero de 1931 durante una huelga reivindicativa; haber organizado en León el Partido Sindicalista, fundado por Ángel Pestaña, a principios de 1936; haber comentado en el Café Central, con ocasión del asesinato de Calvo Sotelo, lo siguiente: «Yo nunca vengo de noche al café, pero hoy, con la gran noticia, voy a tomarme café, copa y puro»; haber sido secretario del Ateneo de divulgación social; ser miembro del Partido Radical Socialista, etc. En la ficha del Servicio de Investigación y Vigilancia de FET y de las JONS se afirmaba su pertenencia al Partido Sindicalista, al Partido Radical Socialista y al Partido Comunista. Cuando quiso replicar recibió una monumental bofetada.

Crémer estaba convencido de que un día u otro había de llegarle el momento de su muerte. Las «sacas» de la prisión para el fusilamiento eran frecuentes, casi diarias: «Así que sentíamos el golpe frío de la llave en la cerradura, nos quedábamos inmóviles, como juguetes a los que se les había acabado la cuerda. Algunos, los menos seguros, se dejaban caer sobre los petates. Y se producía el famoso silencio ensordecedor del miedo colectivo (...). Volví la mirada y me convencí de que no tenía nada que temer, me encontraba al otro lado, según se considere, o a este lado de la monstruosa barricada de la muerte».<sup>15</sup> Sin embargo, Crémer también fue «sacado» de la celdona. «La primera vez que me sacaron de la celdona para fusilarme, en compañía de varios compañeros de destino, registré perfectamente los datos de la muerte: nos habían colocado contra una de las tapias del patio, uno al lado del otro, formando un friso de silenciosos fantasmas, de acongojados pre-muertos. Los guardias dialogaban entre sí en voz alta: *a éstos les toca hoy...* Conocíamos el significado de las palabras. Íbamos a morir. Como reses. Y ninguno de los condenados acertábamos a componer una queja... Uno de los compañeros, un hombre mayor, lloraba silenciosamente, sin lamentaciones, sin sonido de llanto. Eran las primeras horas de la noche y los ángulos del patio se llenaban de sombras móviles,

de fantasmas de sombras. ¿Acabamos con ellos?, se preguntaban entre sí los guardias, sin mirarnos siquiera. Y ya frente a nosotros, se echaron los fusiles a la cara y recorrieron ruidosamente los cerrojos... Y ninguno de nosotros pronunció una sola palabra. Porque no podíamos, porque se nos había hinchado la lengua y nos llenaba la boca, y nos ahogaba. Y sonó la descarga (...). Fue como un relámpago. Volvíamos a la vida, guiados, atraídos por las risas de los guardias. La tragicomedia había terminado, nos volvían a las celdas como resucitados... Menos al hombre mayor y lloroso que cayó en la simulada descarga de fuego, efectivamente muerto, bañado en lágrimas».<sup>16</sup>

#### METERSE DEBAJO DE LAS PIEDRAS...

Sin procedimiento judicial alguno y cuando menos lo esperaba, Victoriano Crémer fue puesto en libertad a finales de 1936. «Ni por un instante sentí la tentación de mirar hacia atrás. Sencillamente me detuve ante la puerta. Necesitaba de este modo confirmar mi libertad. Vuelto de espaldas a los portones carceleros y a las piedras afiligranadas y al hondísimo vacío de los pasillones y a la desolación de las celdas, con olor a orines de caballo, permanecí un tiempo inmedible. Una eternidad de tiempo lleno, apretado, angustioso, pero sin ceder a la tentación de volver la mirada. Había en aquella retención del tiempo, verdaderamente histórico, de mi reciente, increíble liberación, un gozo exaltado, un borbotón de gozos revueltos con sangre, con luz, con gritos».<sup>17</sup> Reconocía que allí, cerradas ya las puertas de San Marcos, estaba el principio de la libertad inesperada y casi increíble. Una sensación gloriosa, después de haber previsto su fin en muchas ocasiones. Estaba alegre y al mismo tiempo asustado: le parecía muy largo el camino de unos trescientos metros que le separaba de su casa. «Porque todavía me tenía oprimido la duda. ¿Llegaría a recorrerlo? ¿Al-

canzaría la casa de los míos? Todos los reclusos sabíamos que muchos de los que aparentemente obtenían la libertad y salían del encierro y firmaban, con trazo convulso, la notificación, eran capturados en el camino por una extrañísima Brigada, encargada de rectificar los errores de las autoridades que decretaban la libertad de los detenidos por no encontrar indicios de culpabilidad como auxiliares a la rebelión. Luego, acaso, un día aparecían sus cuerpos desenterrados en el calvero de cualquier bosquecillo de pinos o al pie de la tapa del cementerio de un pueblecillo de las inmediaciones. Aquellos trescientos o cuatrocientos metros que había que recorrer solo, con el hatillo de excarcelado y las barbas pinchosas y la cabeza rapada y el olor a orines de caballo, se me antojaban, se me aparecían como una trampa salvaje a la que estaba sometido y condenado, de la que nunca podría salir vivo». <sup>18</sup> Se sentía incapaz de dar un solo paso, como si fuera una estatua, como una piedra. Una voz que le llegaba desde fuera le decía que huyera, que corriera, que se perdiera, que desapareciera hasta de su propia vista.

Su incapacidad para moverse, su indecisión, era miedo por si acaso estaban esperándole en su casa para detenerle de nuevo y fusilarle. Estaba libre pero se sentía un fugitivo... «Me vi rodeado de mujeres, de alucinantes mujeres de miradas ansiosas, de gestos dominados por el miedo, de entrecortadas palabras fundidas, que me sonaban como un estruendo, sin acertar a entender lo que solicitaban de mí, tan inerte, tan miserablemente hundido en mis turbaciones, sintiendo mis vestidos de preso pegados a la carne, metidos en la propia carne, inmóvil, desorientado. Extendían las manos y formaban a mi alrededor una corona de espinas negras, que me taladraba las sienes. Hablaban y se dispersaban al reintegrarse de nuevo al coro como en las tragedias griegas. Preguntaban por sus hombres, pupilos como yo hasta hacía... ¿cuánto tiempo? (...) Y yo no sabía qué decirles. No recordaba nada. No conocía a nadie. No entendía. Y las mujeres de los presos, las santas, las feroces, las increíbles mujeres de San Marcos, me gritaban, me

empujaban, me cercaban tumultuosas, llorosas, trágicas, para abandonarme al fin... Corrían hacia las puertas, hacia el puente, buscando una señal que les asegurara la señal de la existencia viva de sus gentes, en aquel desconocido infierno del que rara vez se salía. Portaban bultos, ropas, paquetes de comida, a la espera de encontrar una ocasión para hacer llegar a sus presos aquel mensaje de amor y sacrificio». <sup>19</sup> Y las mujeres seguían allí, esperando, suplicando, muriendo. Se relevaban día y noche, y las que llegaban a cambiar el turno recibían las informaciones obtenidas. Si de éstas se desprendía que alguno de sus hombres había sido «sacado», la noche o la mañana se llenaba de alaridos. Y corrían alocadas hacia los campos, hacia las tapias de los cementerios, hacia los montes cercanos, en busca de los desaparecidos. ¡Lo que hicieron, lo que penaron, lo que perdieron aquellas mujeres de la guerra!

Las «rojas», por un trozo de pan para sus hombres, por una promesa, sonreían a los guardianes y se sometían a sus insinuaciones y manoseos. Por estar unos minutos con sus maridos, algunas se entregaban a ellos, con asco y resignación.

Crémer estaba como un animal asustado que no encontraba la cueva donde ocultar su pánico, ni el modo de borrarse de la lista de los perseguidos. Como tantos otros, debía huir y esconderse. «Cuando se desencadenó la tormenta incivil de aquel mes de julio del año de la desgracia de 1936, centenares, millares de seres humanos españoles de todas las medidas y coloraciones se aprestaron a la huida, a la búsqueda de un repliegue en la tierra donde ocultarse... Fue la más espectacular y siniestra desbandada de la historia de España, tan copiosa y experimentada en esta clase de azares... Meterse debajo de las piedras dejó de ser una frase sin sentido para convertirse en una necesidad». <sup>20</sup> Ocultarse o huir. No había otra opción, como no fuese dejarse cazar de nuevo. Crémer se refugió en un inverosímil escondrijo en el barrio obrero de Santa Ana: un doble fondo disimulado en el trasero de una escalera que no conducía a ningún sitio. La inquilina del entresuelo era la hermana de un anarquista, que había cons-

truido aquel refugio, dejando el espacio justo para que un hombre de escasas dimensiones permaneciera escondido todo el tiempo que durara un registro no demasiado minucioso. Cuando la vigilancia se estrechaba y menudeaban las incursiones punitivas, el recluso acababa entumecido y anquilosado, y había que sacarlo y someterlo a determinados ejercicios de desentumecimiento. «Todo estaba preparado. Y entre sombras recorrí el camino. La mujer me acogió con esa piadosa ternura con que se ampara a un ser perfectamente desvalido y confiado. Su hermano había huido por los montes de Asturias y se encontraba sola y sin otra ayuda que la que podía proporcionarse lavando y planchando ropa de alemanes de la legión Cóndor, que era oficio de viuda forzosa». <sup>21</sup> Victoriano esperaba la ocasión para pasarse a la zona republicana de Asturias, lo que finalmente se hizo imposible. Tuvo que volver a su casa, y buscar la amistad de un viejo amigo falangista que le sirviera de protección. Cuando, tras el Decreto de Unificación de marzo de 1937, Franco persiguió a los hedillistas, Crémer fue detenido y acusado esta vez de participar en la conspiración falangista de Hedilla. De nuevo permaneció encarcelado en la prisión de Puerta Castillo—San Marcos se había convertido en un inmenso campo de concentración para prisioneros republicanos—, hasta que el 24 de diciembre de 1937 el Auditor de Guerra decretó su libertad provisional.

#### LOS REQUETÉS DE NAVARRA

El alzamiento militar de julio de 1936 tuvo su cabecera en Navarra, donde el general Mola era «Director de la Conspiración Militar que se fraguaba desde hacía meses y que se desencadenó en 17 de julio, cuando el ejército del norte de África se levantó en armas contra el legítimo gobierno republicano. Desde el advenimiento de la República en 1931, se habían ido creando en Navarra numerosos grupos organizados de carlistas que prepa-



raban una insurrección antirrepublicana. De Eibar, Francia, Italia, Bélgica y Alemania iban llegando clandestinamente miles de fusiles, armas cortas, ametralladoras, bombas de mano y millones de cartuchos, que se distribuían y escondían por todos los pueblos, en casas particulares, círculos católicos, agrupaciones carlistas, iglesias y conventos. Pronto comenzó el adiestramiento militar de las milicias armadas o requetés de la llamada Comunión Tradicionalista, paralelamente a la instrucción militar que también recibían cientos de falangistas. Una buena parte del clero regular y secular de toda la provincia participaba o amparaba estas actividades subversivas, ocultando las armas, pasándolas y repartiéndolas entre los milicianos derechistas, con los que de antemano contaba Mola para la rebelión militar.

Desde el mes de marzo de 1936, tras las elecciones generales ganadas en el mes anterior por el Frente Popular, el general Mola era el comandante militar de Navarra, con tiempo suficiente para ganarse a casi todos los jefes y oficiales de la guarnición y para establecer contactos y coordinaciones con la mayoría de los militares que conspiraban en los cuarteles de toda España, convirtiéndose en el organizador del movimiento militar que habría de estallar por doquier. Sucesivas «instrucciones reservadas» fueron estableciendo los detalles de la rebelión, insistiéndose en la importancia de los apoyos civiles para la consecución de los principales objetivos para la conquista del poder. En las últimas instrucciones del 23 y 24 de junio se concedió la iniciativa al ejército de Marruecos, cuyas columnas, una vez desembarcadas en la península, marcharían rápidamente sobre Madrid, al igual que las columnas navarras lo harían desde el norte. Pero la falta de acuerdo político con los carlistas, que ofrecían casi diez mil requetés armados y adiestrados militarmente a cambio de que los golpistas aceptasen sus principios ideológicos, dificultaba la ejecución de los planes para la rebelión. No sólo quedaban por ultimar los acuerdos con los dirigentes de la Comunión Tradicionalista, que se consideraban indispensables, sino que además los militares impacientes de

numerosas provincias habían establecido contactos con los afiliados de Falange sin haber recibido órdenes concretas al respecto. De modo que la situación era efervescente e insegura.

Mientras se alcanzaba un precipitado acuerdo con los carlistas, que permitiera a Mola avanzar sobre Madrid una vez asegurado el control de importantes zonas del norte de España, la fecha para el inicio del movimiento militar se fijó para el día 17 de julio de 1936. A la rebelión militar de Marruecos debía seguir la sublevación en Sevilla, Burgos, Málaga, Zaragoza y Valladolid para el 18 de julio; Navarra, Galicia, León, Castilla la Nueva y Cataluña para el día 19, mientras que Madrid y Valencia quedaban como los últimos objetivos. El general Batet como jefe de la VI División Orgánica con sede en Burgos, de la que dependía la Comandancia Militar de Navarra, viajó el 17 de julio a Pamplona para sondear a Mola. Éste le dio su palabra de que no se sublevaría, pero a su vuelta a Burgos, Batet se encontró con un ambiente de creciente hostilidad. A su convocatoria del 18 de julio por la mañana no acudió ninguno de los jefes de Cuerpo, en un claro acto de indisciplina. Prácticamente la totalidad de los jefes de las unidades militares estaban comprometidos con el Golpe, y alrededor de la medianoche del día 18, el general Batet fue arrestado en su propio despacho por un grupo de oficiales, conducido a la cárcel y meses después fusilado por rebelión militar, junto con el gobernador civil de la provincia y otros militares leales.

A partir de las dos o las tres de la madrugada del 19 de julio las tropas rebeldes salieron a las calles para proclamar el estado de guerra. El bando, firmado por el general Mola, justificaba el Golpe, asumiendo el mando «por mi autoridad», y ordenando la entrega de armas, prohibiendo todo tipo de actividad política o sindical, colocando a los funcionarios bajo la autoridad militar, requisando los vehículos y ocupando todos los edificios oficiales. Al tiempo que el bando de guerra se difundía por las calles, a través de Radio Castilla se emitía el primer comunicado de los insurrectos: «Ha desaparecido el gobierno

de esta república masónica y marxista y en su lugar hay ya un gobierno presidido por el general Sanjurjo». En la ciudad apenas hubo resistencia popular al Golpe, y la represión comenzó de inmediato y con toda brutalidad. Tampoco en la provincia los sublevados tuvieron mayores problemas para controlar la resistencia, salvo en las zonas limítrofes con Santander y el País Vasco, que quedaron en manos republicanas, y en Miranda de Ebro, donde la escasa resistencia organizada fue abatida a cañonazos y seguida de una feroz represión.<sup>22</sup> Brevemente, el día 18 de julio, el golpe militar había triunfado en Valladolid, así como en Sevilla, Córdoba, Granada, etc.

Aunque la cuarta parte de la población Navarra había votado al Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, no pudo reaccionar ante la sublevación militar y sufrió una tremenda y continuada represión. El Golpe fue respaldado por todos los militares, y por la Guardia Civil tras el fusilamiento de su teniente coronel-jefe. Asimismo, recibió el apoyo activo de falangistas y carlistas, que disponían de sus respectivos cuarteles generales, brigadas represivas y hasta piquetes de ejecución. Se reorganizó la Junta Carlista, que coordinaba todas las juntas locales y reclutaba a miles de combatientes para la conquista de Madrid, al tiempo que redactaba una lista de los que debían ser detenidos y fusilados. Los capuchinos, de cuyo convento salían muchas armas y uniformes, tuvieron en los primeros momentos un papel importante, alojando incluso a los voluntarios que llegaron de los pueblos e incitando a los campesinos a su alistamiento o a la represión. El provincial de los capuchinos pedía públicamente por la «guerra santa contra el Infiel», y muchos sacerdotes marcharon al frente como capellanes más o menos armados o participaron en la delación y represión de sus propios feligreses.<sup>23</sup> La publicación del bando de guerra se hizo el 19 de julio de 1936, en la plaza del Castillo de Pamplona, repleta de soldados, falangistas y carlistas, coincidiendo con la aparición de los primeros cadáveres deliberadamente desfigurados en caminos y carreteras, provocan-

do el pánico de la gente que había simpatizado con la ideología republicana. Los que pudieron, huyeron hacia La Rioja, Zaragoza o Guipúzcoa, creyéndola zona republicana, o hacia Francia, porque las detenciones, los «paseos» y las «sacas» se multiplicaron en días sucesivos.

Por otro lado, como las columnas navarras habían sido frenadas en Somosierra y en Guadalajara, se precisaba cada vez más gente para el frente. El 26 de julio la Junta Central carlista publicó un comunicado, incitando a los huidos y ocultados a presentarse para combatir, prometiéndoles respetar sus vidas y haciendas. Confiando en la promesa, muchos se presentaron y perdieron la vida, o debieron alistarse forzosamente en las unidades militares que partían hacia los diferentes frentes. En agosto hubo una segunda oleada represiva, las ejecuciones se hicieron masivas y se multiplicaron las vejaciones de las mujeres cuyos maridos, padres o hijos habían huido, estaban en la cárcel o habían sido fusilados. Tal fue así que el 20 de agosto Mola prohibió formalmente las matanzas indiscriminadas, pero éstas siguieron, a la vez que las «levas» forzadas. Sin embargo, los fusilamientos no fueron obra de incontrolados.

En último término, los militares eran consentidores y responsables de los asesinatos perpetrados por los falangistas y los requetés. La Junta Militar de Guerra planificaba la represión y determinaba las personas que había que fusilar o encarcelar en reuniones celebradas en la Comandancia Militar. Controlada la provincia desde el primer momento, no hubo que combatir en el propio territorio, pero sí se consideró necesario eliminar el «infierno interno», constituido por los republicanos, liberales y socialistas. «Aquel arrebató místico-guerrero necesitaba también sangre. Hasta tres mil vidas se llevó aquella amputación de la parte infiel y enferma de Navarra. Morir por Cristo Rey y matar en su nombre».<sup>24</sup> La festividad de Santiago, el 25 de julio, había ofrecido la primera ocasión para poner en marcha todo el ritual espiritual y sangriento que habría de acompañar la marcha de la guerra en la España de Dios. Ese día se celebró

en la Plaza del Castillo una gran misa de campaña para consagrar el requeté al Sagrado Corazón de Jesús y restaurar de esa forma un culto muy popular entre las masas católicas españolas. El ideario requeté fue adecuadamente reafirmado durante la violencia desatada. En su devocionario, aprobado en Burgos por la autoridad religiosa el 5 de agosto de 1936, se consideraba al requeté como soldado de Dios en aquella cruzada: «La causa que defiendes es la causa de Dios. Considérate soldado de una cruzada que pone a Dios como fin y en Él confía el triunfo. Piensa que pretendes devolver a Cristo la nación de sus predilecciones que las sectas le habían arrebatado».<sup>25</sup>

#### ENTRE LA SOMBRA DE LA MUERTE

Tal vez fuera una de las primeras víctimas de la insurrección navarra, Luis Elio, magistrado y de familia aristocrática y terrateniente, que pasó tres largos años encerrado, sin prácticamente ningún contacto con la familia ni con el mundo exterior. Con todo, no fue fusilado y por ello pudo dejar escrito un excelente libro de la memoria de aquel tiempo.<sup>26</sup> Era un hombre muy equilibrado, bastante culto y socialmente muy apreciado en la capital navarra. Aunque no pertenecía a ningún partido político, sus convicciones correspondían a las de un republicano ilustrado. El día 19 de julio de 1936, estando descansando en su casa de Pamplona, «se comenzaron a oír los vivos y los mueras. Atisbé entre los visillos pequeños grupos que más bien parecían curiosos espectadores en espera de un improvisado espectáculo. Sin embargo, de entre ellos había un grupo aislado y numeroso del que partían los vivos y los mueras, del que resaltaban las camisas azules de los falangistas y las boinas rojas de los requetés. Eran los que portaban, orgullosos y provocadores, una bandera monárquica saludada con los acordes de la Marcha Real. Las calles estaban abiertas, podían hacer lo que les viniese en gana; no

encontrarían ningún obstáculo que los detuviera, ni se les enfrentaría ninguna fuerza del gobierno». <sup>27</sup> El sentirse libre de toda culpa hizo que el magistrado permaneciese tranquilo, sin percatarse de que realmente estaba atrapado.

Llamaron a su puerta: eran dos policías de la secreta y dos falangistas que estrenaban sus flamantes camisetas azules y las pistolas ametralladoras que empuñaban: «Venga con nosotros; queda usted a disposición del general Mola». Debió acompañarles, dejando caras de miedo y de pena en su esposa y en sus dos hijas pequeñas. En el rellano de la escalera se le unieron cuatro requetés uniformados. «Yo iba delante entre los dos policías; inmediatamente detrás, los dos falangistas apuntando sus pistolas contra mis riñones y, por último, los cuatro requetés. ¡Ocho hombres armados para custodiar a un hombre inermemente como yo!». Evidentemente, iba detenido: en la calle la gente se paraba, acortaba el paso, miraba y comentaba. Llegaron a la comisaría, donde les aguardaba un hombrecillo desaseado, sin afeitarse, con barba de varios días y los ojos enrojecidos por el insomnio. Uno de los falangistas le habló al oído; el hombre sacó una lista de su bolsillo y señaló su nombre con una cruz roja. Los que le habían detenido se marcharon, y el juez se quedó en el cuerpo de Guardia. Luego, lo llevaron al despacho de la Comisaría: «Los que le han detenido son mozos que han venido de los pueblos para que no se les conozca. Nosotros no podemos hacer nada; no debemos hacer nada. Son las órdenes recibidas que no tenemos más remedio que acatar. Ahora han salido en búsqueda de más detenidos. Usted ha tenido suerte de que le detuvieran el primero, cuando los tenga a todos los meterán en el camión que espera en la puerta y se lo llevarán con rumbo desconocido para matarles en el recodo de un camino o detrás de las primeras tapias que encuentren». <sup>28</sup> El comisario le facilitó la escapada: «Desde luego usted y yo no nos hemos hablado, ¿entendido?».

Ya en la calle, el juez no sabía qué hacer ni dónde ir. «Sin apresuramientos me dirigí hacia la derecha; me estaba jagan-

do la vida; un escalofrío serpenteaba por mis espaldas en espera de recibir la descarga de fusiles y pistolas que sin duda me amenazaban: ¡tranquilo, despacio; despacio, tranquilo; tranquilo, despacio!». El mismo trataba de sugestionarse marcando el ritmo de sus pasos. Era inútil y peligroso volver a casa, o buscar protección en casa de amigos o parientes: lo irían a buscar de nuevo. En la calle se sentía desamparado, y notaba que no podía escapar. Lo que le apremiaba era librarse de aquellos golpes de unos mozos irresponsables y desconocidos. Debía apresurarse por salir, por escapar de aquel laberinto de calles, que se iban poblando de miradas insistentes e inquisitoriales. Tenía que encaminarse hacia las afueras, buscar una arboleda donde guarecerse, calmarse, decidir y resolver.

Anduvo precavido y cauteloso, hasta convencerse de que no le seguían. Pensaba y pensaba, hasta que se le ocurrió el nombre de un antiguo administrador de su padre, con el que nunca había hablado y que era reconocido por su significación carlista, por su preponderancia en el partido. Pero lo que le decidió fue la ubicación de su casa, una casa aislada, a unos pasos de la carretera, la única habitada del entorno. Le parecía una fortaleza inexpugnable: tímidamente, dejó caer el aldabón de aquella casa. En la planta baja le recibió el dueño, un hombre de mirada firme, decidida, sin concesiones: «¡Usted me dirá!». Pero él no sabía qué decirle, ni cómo explicarle lo absurdo de su visita. Hasta que de pronto comenzó a hablar atropelladamente, con desesperación y miedo: «Un grupo de requetés y falangistas me acaban de detener en mi casa; me han llevado a la comisaría. Allí los llevarán a todos; a todos los van a matar, detrás de las tapias. Yo no hice nada malo; le juro a usted que nunca hice daño a nadie; me van a matar como a un asesino, mancillando mi nombre para siempre». <sup>29</sup> El carlista solamente le escuchaba, mientras él le pedía que lo escondiera. Le contestó despacio, midiendo sus palabras, con un tono de púlpito: «Si no escuché mal, usted pretende, ¡nada menos!, que yo le dé asilo en mi casa haciendo traición a la confianza que el partido tiene depositada

en mí y precisamente en unos momentos tan decisivos como estos que estamos viviendo». Y siguió perorando: «Tampoco está usted tan exento de culpa. El mal ejemplo es el peor de todos los pecados. Precisamente usted, que pertenece a una de las familias más nobles y distinguidas de Navarra, parece que tiene a gala el presumir de su falta de religiosidad. Se ha entregado por completo al capricho de los obreros actuando al dictado de ellos (...). A usted, que es el primer terrateniente de este término, le ha dado últimamente por repartir entre sus colonos sus casas y sus tierras, ¿si esto no es comunismo dígame qué cosa es! Está usted incitando a otros arrendatarios, que siempre fueron sumisos y obedientes con sus amos».<sup>30</sup>

Al oírle, al magistrado se le había quitado el miedo y ocupaba su lugar una rabia por sus injustas falsedades: «No se trata ahora de salvar mi vida, si no de que usted, que ha tenido la atención de recibirme, disipe sus equivocaciones y sepa a qué atenerse con respecto a mí. Acaba usted de reconocer, y lo sabe tan bien como yo, la religiosidad de mis padres y de toda mi familia. Yo me eduqué, durante siete años, en el internado de un colegio de jesuitas; actualmente mis hijas se educan en un colegio de religiosas. No pertenezco a ningún partido político». El amo se levantó y comenzó a pasearse pensativo por el despacho, hasta que llamó a su sirvienta Fermina: «Si alguien viniese a registrar la casa, yo no sé nada de este señor. Puede decir, si lo sorprenden, que acaba de llegar; que te engañó haciéndose pasar por amigo mío y que aquí me estaba esperando. Llévalo al lavadero, cierra y tráeme la llave».<sup>31</sup> Cuando el magistrado se vio encerrado en el lavadero se desfondó: «Estoy solo, completamente solo. No hay nadie conmigo, nadie está conmigo». Y la angustia le invadió en la nada. Está en una habitación cuadrangular de poco más de tres metros por lado, no tiene ventana, tan sólo un ventanuco, una pequeña lumbrera en el techo. En un rincón hay una piletta atiborrada de papeles, de libretas, de periódicos rotos y viejos, y en el otro, varias cajas de cartón que contienen trapos y retales, bo-



tes vacíos y una silla rota, todo medio escondido para ocultar que forma un jergón, fuertemente atado por una soga. En el centro, una caja de madera llena de botellas vacías, y las paredes carecen de cualquier adorno, estampa, cuadro o espejo.

Ya avanzada la mañana del día siguiente, el sol está encumbrándose y sigue la penumbra. Según le ha transmitido Fermiña, la criada, no puede fumar, moverse lo menos posible, no toser, no estornudar, no hacer ruido, no cambiar cosa alguna de su sitio. «No suben, no vienen a verme, no saben si me he muerto o si tengo algo que comunicarles y que a ellos mismos les pueda interesar. ¿Qué les ha podido suceder? ¿Habrán llegado las fuerzas del gobierno y se estará luchando en las calles? Imposible, ya ganaron la partida en el primer envite. ¿Tendrán alguna noticia de los míos que no se atreven a comunicarme? ¡Qué angustiosa incertidumbre!».<sup>32</sup> Piensa que en su casa no hay dinero, que a sus familiares no los dejarán acercarse al banco, para entorpecerles todo intento de huida. ¿Habrán encontrado algún familiar, algún amigo caritativo que les tienda la mano, que las ayude, que las aconseje, que las guíe? «Pero ahora todo debe ser miedo, cautela, precavido aislamiento, cuidadosa medida para los más pequeños gestos; todos los ojos miran, observan, espían, denuncian. ¿Las habrán detenido? No las creo tan torpes, y bien saben que ellas pueden ser el cebo que muerda la alimaña, la alimaña perseguida que soy yo». <sup>33</sup> Está solo, completamente solo, mientras suenan las campanadas del mediodía.

Van pasando los días, aunque todo es ahora, porque en la soledad no hay tiempo: todo el recuerdo del ayer y todo vislumbre del mañana son ahora. Un día y otro en el mismo cuarto, que el magistrado conoce en todas sus medidas y distancias. «Se oyen los silencios de la casa y de la ciudad. No faltarán, como todas las noches, los trallazos que los quiebran. Son secos, distantes, sin ecos que los aproximen. Son los tiros de los cazadores al acecho. Son los odios resguardados en los quicios de las puertas, en las esquinas, detrás de los árboles». <sup>34</sup> La muerte, entre la sombra, se le va acercando. «El miedo y la

angustia no se apaciguan, no ceden. Ese miedo y esa angustia de las que conozco todas sus graduaciones: sobresalto, temor, espanto, pánico, pena, tristeza, nostalgia, añoranza, abandono, angustia. De ese miedo que es presencia o espera de presencia: el daño, el dolor, la amenaza, la noticia irreparable, la muerte. El que tensa los nervios, comprime el estómago, anuncia el vómito, paraliza todo movimiento con la burla del temblor, en el que exuda todo el cuerpo para mejor percibir los escalofríos. Y la tristeza, la nostalgia, la añoranza en el recuerdo, que sólo son vacío, la falta de lo que debía estar y no está, de lo que puede no estar nunca más. Es la ausencia del mismo vivir...». <sup>35</sup>

Le inquieta la actitud del amo, que nunca viene a verlo, a infundirle ánimo, a hablarle de los suyos, a discutir, incluso, un plan de fuga. Sólo Fermina, que a diario le trae la comida. El suicidio le ronda, o el odio y la venganza, que paladea. Por la noche, después de que Fermina le traiga la comida, y que vaya al retrete, el magistrado extiende la colchoneta sobre el suelo y siempre termina encogido y arrebuñado. A menudo, le vienen las ensoñaciones: «Salgo de mí; me desdoblo para poder traspasar paredes y enfrentarme a la vida; no tengo más apoyo que el bordón del peregrino; soy un hombre que sufre y busca condolencia. Voy respirando el polvo de todos los caminos y bebiendo el agua de todos los arroyos al igual por la blanca carretera que por el abrupto sendero. Todo es desolación y yermo». <sup>36</sup> Se remonta a la infancia: niñez, colegio, jesuitas, castigo, presidio, altos murallo-nes y garitas vigilantes... A la mañana de un día le despiertan unos fuertes golpes en la puerta de la calle: «¡Ya va! ¡Que ya va! Los impacientes gestos de Fermina no conseguían acallar, ni siquiera amortiguar los fuertes golpazos del picaporte de la puerta de la calle que parecía venirse abajo, ni los irritados murmullos que le acompañaban. Me sobresalté con angustioso sobresalto que de inmediato se convirtió en pánico. Estaban llamando a la puerta para entrar porque sabían que yo estaba allí. Lo revolverían todo, lo registrarían todo hasta encontrarme; me detendrían, me llevarían con ellos. ¿Qué pasaría después?». <sup>37</sup> Se em-

papó en sudor, aparecieron las náuseas y el temblor por todo el cuerpo. Fermina le dijo lo que tenía que hacer: aparentar calma y hacer como que estaba arreglando la llave de la luz, procurando taparse la cara. Mientras tres falangistas registraron la casa, él concentraba toda su atención en el arreglo de la llave, y así pasó desapercibido. Los falangistas se fueron amigablemente, y él se fue a su cuarto, donde se derrumbó.

Cuando llegó el amo y hubo que contarle todo, se desfogó con el magistrado: «No sé por qué me metí en esto; por demasiado bueno. ¿Qué será de mi reputación, de mi nombre y prestigio, de mi adhesión a la causa si llegan a descubrir que le tengo a usted escondido y protegido en mi casa? Yo no quiero perjudicarlo, pero ya puede usted ir pensando de alguna y pronta solución».<sup>38</sup> No le replicó, porque tenía razón y porque intuía que estaba más furioso porque los falangistas le hubiesen registrado su casa. Al fondo del pasillo, a la izquierda de su cuarto, había un amplio y antiguo ropero de roble que comunicaba por una trampilla con el desván. Y allí le obligaron a esconderse, por si los falangistas volvían. Pasó en el desván una noche difícil de olvidar, por la incomodidad, el frío y la inquietud. Pasado el mediodía siguiente, pudo bajar de aquel precario escondite y volver a su cuarto. El amo ya había estado en casa, y se encontraba tranquilo y satisfecho por las explicaciones que le habían dado en la Junta, prometiéndole que aquello no volvería a suceder. Pero el refugiado no podía estar tan tranquilo, se excitaba cada vez más y creaba «fantasmas corpóreos», que no existían, pero que le llevaban a un estado de espanto y desesperación. «Se hallaban frente a mí, los palpaba, les hablaba, distinguía perfectamente sus camisas azules de falangistas y sus rojas boinas de requetés; habían abierto las puertas empuñando las pistolas y me contemplaban amenazadores, socarrones, bien confiados de que me tenían en sus manos, de que esta vez no podría escapar (...). A empujones me obligaron a bajar la escalera; conduciéndome casi a rastras atravesamos el prado y la carretera; me llevaban al solar de enfrente de la casa, el de las tapias blancas (...).